

# PRESENTACIÓN

*Fernando Becker Zuazua\**

*Rafael Myro Sánchez\*\**

**M**ediante la difusión de los logros de la Revolución Industrial iniciada en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII, las economías que hoy son desarrolladas lograron escapar de las limitaciones que para la mejora de su bienestar les imponía el rápido crecimiento de la natalidad. Consiguieron de esa forma iniciar la transición demográfica, y también finalizarla, beneficiándose después del notable aumento de la población en edad de trabajar que se derivó del gran número de niños nacidos durante ese período de cambio hacia un nuevo modelo demográfico, caracterizado por menores tasas de mortalidad y natalidad. Se inauguró entonces también un nuevo modelo de crecimiento económico, el crecimiento económico moderno, en palabras de Simon Kuznets, que superaba el modelo antiguo, el malthusiano, en el que el avance del PIB se encontraba atenazado por la falta de innovación y una población con tendencia a crecer rápidamente.

Esas mismas economías desarrolladas se enfrentan hoy a un reto demográfico de signo opuesto, el del lento aumento de la natalidad que, junto con el aumento de la esperanza de vida, provoca un envejecimiento continuo de la población e invierte la pirámide poblacional, elevando su altura, haciéndola más estrecha en su base y ensanchándola en las edades intermedias, entre los 40 y 65 años. Esta evolución difiere de la de las economías menos desarrolladas, muchas de las cuales no han finalizado aún su transición demográfica. Se produce así un contraste entre la perspectiva mundial, en la que predomina un gran avance de la población, que reta la suficiencia de los recursos necesarios para alimentarla, y la de los países más desarrollados, proveedores de una gran proporción de esos recursos alimenticios, que acogen una población que apenas crece y envejece paulatinamente. Resulta obvio que este contraste representa un gran incentivo para la migración, una gran fuerza a la que será difícil ponerle puertas.

En todo caso, caben pocas dudas de que este envejecimiento de la población tiene efectos negativos sobre el crecimiento de los países desarrollados. De una parte, desde la perspectiva de la demanda, tiende a ralentizar el aumento del consumo, porque la población crece menos, aunque se concentra en edades con una propensión a consumir ligeramente mayor. Además, los niveles de ahorro privado y público tienden a reducirse, reflejando que una parte creciente de la población gasta más de lo que ingresa. Por otra parte, desde la perspectiva de la oferta, el envejecimiento afecta negativamente a las dos variables en

---

\* Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Rey Juan Carlos.

\*\* Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid.

las que se puede descomponer el PIB per cápita, el empleo per cápita y la productividad del trabajo. El empleo per cápita se reduce por la menor población en edad de trabajar y la productividad lo hace porque la población trabajadora aumenta su edad media y deviene menos productiva.

Hasta ahora, en la mayor parte de las economías avanzadas, estos efectos se han materializado solo de forma moderada. En primer lugar, porque una parte creciente de la población ha retrasado su edad de jubilación. Además, los individuos de mayor edad han incrementado sus niveles de ahorro, ante una mayor incertidumbre acerca del futuro y la quiebra de los sistemas públicos de pensiones. En España, por ejemplo, siguiendo un reciente análisis de Julio López Laborda publicado por FEDEA, los mayores de 65 años eran los que exhibían en 2015 una menor propensión a consumir y una mayor propensión a ahorrar, lo contrario de lo que ocurría en 2007, pero es fácil observar en esta evolución los efectos de la profunda crisis vivida en España, y sería interesante conocer lo que ha ocurrido en los años siguientes. En segundo lugar, porque allá donde la población ha envejecido más, como en Japón, se ha extendido con mayor rapidez la robotización, es decir, el proceso de sustitución de trabajadores por máquinas.

Pero probablemente es solo cuestión de tiempo que los problemas derivados de la dinámica poblacional descrita se agraven, existiendo ya indicios preocupantes de los posibles escenarios futuros. El primero de ellos es el moderado incremento de la inversión productiva privada, incluso en EE UU, que destaca por el ritmo de avance de su actividad económica. El segundo, en parte relacionado con el primero, es el bajo nivel que alcanzan actualmente los tipos de interés de largo plazo, culminando una tendencia al descenso de largo alcance, pero acentuada en las dos últimas décadas. El tercero, en fin, es la insuficiencia, ya mencionada, de muchos sistemas de pensiones.

En este marco, no es extraño que se haya extendido el diagnóstico de que la economía se encuentra en una situación de «estancamiento secular», expresión recogida por Larry Summers, de Alvin Hansen, quien la utilizara para diagnosticar la anémica situación de las economías desarrolladas, la estadounidense en particular, en el final de los años treinta del pasado siglo. En efecto, todo parece cuadrar con esta hipótesis, excepto el que nos enfrentemos a una nueva revolución tecnológica que aparenta tener una gran envergadura. Aunque con retrasos derivados del incierto panorama internacional actual, testigo de la guerra comercial promovida por el presidente de EE UU, Donald Trump, esta revolución probablemente se desplegará en toda su dimensión y potencialidad en algunos años, afectando a la economía, la sociedad y sus instituciones, pudiendo alcanzar incluso a sus sistemas de gobierno. En todo caso, parece obvio que, tanto el «estancamiento secular», como esta nueva revolución tecnológica e industrial, ya fácil de visualizar, parecen reclamar un sector público vigilante, eficiente y extenso.

España no escapa al reto demográfico expuesto, aunque no es su mejor ilustración. La mayor gravedad de la crisis económica vivida recientemente dejó un volumen de desempleo muy elevado que se está absorbiendo de forma muy rápida desde 2014. De esta manera, aunque la proporción de población en edad de trabajar comenzó a

caer en 2009, el empleo aún no ha recuperado los niveles anteriores a la crisis, y dispone aún de recorrido, sobre todo si se toma en consideración que la tasa de actividad femenina es aún baja en términos comparados. El empleo es la fuerza que está haciendo aumentar el PIB, ya que la productividad del trabajo permanece prácticamente estancada desde hace cinco años. Con todo, en España son notorios algunos de los aspectos más representativos del reto demográfico del mundo desarrollado que se está examinando aquí: el envejecimiento de la población trabajadora, el elevado nivel alcanzado ya por la tasa de dependencia y las dificultades de tesorería que atraviesa el generoso sistema público de pensiones de que se dispone.

Para tratar este reto demográfico en todas sus dimensiones en el caso de nuestro país, este número de la revista ICE incorpora ocho artículos de un número ligeramente mayor de reconocidos especialistas. De todos estos trabajos, damos a continuación una breve referencia.

**Elisa Chuliá Rodrigo**, en un artículo titulado «La evolución de la población contemporánea: motivos para la satisfacción y la inquietud», ofrece un análisis de los impresionantes cambios en las esperanzas de vida al nacer y a los 65 años de edad de la población española, así como de las previsiones disponibles para 2050, para preguntarse, no solo por los costes de esta tendencia en curso, que grupos significativos de demógrafos parecen minusvalorar, sino también por los beneficios de una mayor longevidad. También ofrece información indicativa de que los actuales niveles de natalidad en España se encuentran por debajo de los deseos reproductivos de las mujeres.

A continuación, en el trabajo titulado «Ante el cambio demográfico, ¿natalidad o robotización?», **José Antonio Herce** aboga por el uso del término longevidad, en lugar del de envejecimiento, para referirse a la población que supera los 65 años. No cabe duda de que ese término ayuda a entender mejor el problema de los sistemas de pensiones. Buscando soluciones al reto tratado, contrapone las políticas de conciliación a políticas de promoción de la natalidad, abogando por las primeras. En todo caso, advierte, la inacción conduce a la masiva adopción de robots.

Tras analizar de una forma muy completa y con una perspectiva comparada la evolución de la participación en el mercado de trabajo español de diversos colectivos poblacionales, distinguiendo por sexos, edades y niveles educativos, **Begoña Cueto Iglesias** escribe sobre los potenciales efectos sobre ese mercado del envejecimiento y de la reforma del sistema de pensiones en un artículo titulado «La pirámide de población y el mercado de trabajo», concluyendo que no es esperable una reducción de la tasa de empleo, porque se incrementarán las tasas de actividad de las mujeres y de los mayores de 55 años.

La sostenibilidad del sistema público de pensiones constituye una preocupación general de todos los analistas que contribuyen a este monográfico. **Miguel Ángel García Díaz** le da forma muy completa en su artículo, que lleva por título «El sistema público de pensiones español ante el envejecimiento». Con gran claridad, y cotejando siempre los diversos estudios cuantitativos realizados, este autor expone los escenarios alternativos

a los que se enfrenta España para atender un crecimiento del número de pensionistas que se estima con bastante precisión en torno a un 50 %, desde hoy hasta 2050. La combinación de suficiencia con equidad intergeneracional debería llevar a moderar el incremento de gasto resultante, evitando que la cifra final supere el 15 % del PIB en la fecha de referencia, un resultado bastante probable si no se toma ningún tipo de medida y se derogan las acordadas en 2013. A este respecto, debe resaltarse que, en la comparación con otros países de la eurozona, España destaca por mayores ratios de pensión media sobre salario medio (*benefit rate*) y pensión sobre último salario (*gross replacement rate*).

El sistema de pensiones realiza una función redistributiva que se dirige hacia las poblaciones de mayor edad, en competencia con otras políticas distributivas que tienen como objetivo edades más jóvenes. **Olga Cantó Sánchez**, en un artículo que titula «Desigualdad, redistribución y políticas públicas: ¿hay una brecha generacional?», analiza las políticas redistributivas del sector público en diversos países europeos, y se pregunta si existe una brecha generacional en su configuración. La respuesta a la que llega la autora de este trabajo es que tal brecha existe y en todos los grandes países de la UE, pero también concluye que en España y en Italia tal brecha alcanza una mayor profundidad.

La inmigración se ve a menudo como un paliativo de gran relevancia para retrasar las tendencias demográficas descritas. **Carmen Ródenas Calatayud**, en su artículo «¿Puede la inmigración revertir el cambio demográfico?», estudia el posible efecto de la inmigración sobre la ratio de dependencia y el sistema de pensiones, examinando cuidadosamente diferentes escenarios de previsión, concluyendo que es prácticamente imposible que la inmigración revierta las tendencias demográficas de forma sensible. Para lograrlo, sería necesario multiplicar por varios dígitos las previsiones más optimistas.

Los cambios en la especial situación laboral de las mujeres pueden también alterar de forma sensible las dinámicas poblacionales en curso. «Mujeres: entre el salario y el cuidado» es el título del artículo que escriben conjuntamente **Juan Antonio Fernández Cordón** y **Constanza Tobío Soler**, en el que analizan las dificultades con las que se enfrentan las mujeres para conciliar su trabajo fuera y dentro del hogar, reclamando políticas más ambiciosas de conciliación. Las aplicadas hasta hoy son diversas en su contenido y en sus efectos, pero dejan en general a cargo de las familias necesidades no cubiertas, especialmente en lo relativo a los hijos pequeños y a la dependencia de las personas muy mayores. Frente a la organización social de la enseñanza o de la sanidad, el cuidado permanece desde hace décadas en una situación de carencia crónica.

Finalmente, se aborda el efecto de la longevidad sobre el sistema de salud y el gasto público en sanidad. Su control reduce la presión sobre la hacienda pública. A este respecto, **José María Abellán Perpiñán** se pregunta, en el artículo titulado «Esperanza de vida y sostenibilidad del sistema sanitario», si la asociación aparente de gasto sanitario con longevidad no esconde el efecto de las condiciones de salud que suelen acompañar al envejecimiento sin ser inherentes a este, así como los efectos de la discapacidad y la

proximidad a la muerte. Las previsiones del gasto sanitario futuro dependen de la adecuada calibración de estos diversos efectos. Desde esta perspectiva, el autor destaca la alta morbilidad comparada de la población española y su tendencia al crecimiento. Por ello, considera que la adopción de una estrategia decidida de gestión de la cronicidad, fomento del envejecimiento activo y racionalización del uso de las tecnologías sanitarias puede contener enormemente el crecimiento del gasto sanitario.